

MITCH ALBOM

Un día más

Por el autor de
Martes con mi viejo profesor

Traducción:
MONTSE BATISTA

EMBOLSILLO

«Deja que lo adivine. Quieres saber por qué intenté suicidarme.»

**Las primeras palabras que me dirigió
Chick Benetto**

ÉSTA ES UNA historia sobre una familia y, como hay un fantasma de por medio, podría decirse que es una historia de fantasmas. No obstante, todas las familias tienen una historia de fantasmas. Los muertos se sientan a nuestra mesa mucho después de haberse ido.

EN ESTE CASO se trata de la historia de Charles *Chick* Benetto. Él no era el fantasma. Él era muy real. Lo encontré un sábado por la mañana, en las tribunas descubiertas de un campo de la liga de béisbol infantil, vestido con una cazadora azul marino y mascando chicle de menta. Quizá lo recordéis de su época de jugador. He dedicado parte de mi carrera a escribir sobre deportes, por lo que el nombre me resultaba familiar en varios sentidos.

Visto en retrospectiva, fue cosa del destino que lo encontrara. Yo había ido a Pepperville Beach para echarle un vistazo a una pequeña casa que había pertenecido a nuestra familia durante años. De camino al aeropuerto, me detuve a tomar un café. Al otro lado de la calle había un campo donde unos niños vestidos con camisetas de color

púrpura practicaban lanzamientos y golpes con el bate. Como iba con tiempo, me acerqué paseando hasta allí.

De pie en la barrera, con los dedos enganchados en la valla de tela metálica, vi a un anciano que manejaba un cortacésped por la hierba del campo. Tenía la tez bronceada y arrugada y llevaba medio cigarro en la boca. Al verme, paró la cortadora de césped y me preguntó si mi hijo estaba ahí. Le dije que no. Quiso saber qué estaba haciendo allí. Le hablé de la casa. Me preguntó cómo me ganaba la vida y cometí el error de explicarle eso también.

—De modo que escribe, ¿eh? —dijo mascando su cigarro. Señaló a una figura sentada sola en las gradas, de espaldas a nosotros—. Debería hablar con ese tipo. Él sí que tiene una historia.

Oía lo mismo continuamente.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Fue jugador de béisbol profesional.

—Mmm.

—Creo que jugó en la Serie Mundial.

—¡Um!

—E intentó suicidarse.

—¿Cómo dice?

—Sí —respondió el hombre con un resoplido—. Por lo que he oído tiene mucha suerte de estar vivo. Se llama Chick Benetto. Su madre vivía por aquí. Posey Benetto —serio—. Era una mujer fantástica.

Tiró el cigarro al suelo y lo pisó.

—Acérquese y pregúntesele si no me cree.

Volvió con su cortacésped. Retiré las manos de la valla y vi que se me habían manchado los dedos de óxido.

Todas las familias tienen una historia de fantasmas.

Me acerqué a la tribuna.

LO QUE HE escrito aquí es lo que Charles *Chick* Benetto me contó durante la conversación que mantuvimos aquella mañana —y que se prolongó otras veces— así como las notas personales y páginas de su diario que encontré después, por mi cuenta. Lo he recopilado en el siguiente relato, narrado con su propia voz, pues dudo que creyeras la historia si no la contara él mismo.

Podría ser que no la creas de todos modos.

No obstante, hazte la siguiente pregunta: ¿alguna vez has perdido a alguien a quien querías y has deseado mantener una conversación más, tener otra oportunidad para compensar aquel tiempo en el que pensabas que aquella persona iba a estar siempre ahí? Si la respuesta es sí, sabes que puedes pasarte la vida acumulando días y ninguno de ellos compensará aquel que desearías recuperar.

Pero ¿y si lo recuperaras?

|

Medianoche

La historia de Chick

DEJA QUE LO adivine. Quieres saber por qué intenté suicidarme.

Quieres saber cómo sobreviví, por qué desaparecí, dónde he estado todo este tiempo, pero, ante todo, por qué intenté suicidarme, ¿me equivoco?

No pasa nada. Es lo que suele hacer la gente. Se comparan conmigo. Es como si hubiera una línea trazada en algún lugar del mundo; si no la cruzas, nunca piensas en arrojarte desde lo alto de un edificio o tragarte un frasco de pastillas...; pero, si la cruzas, es posible que lo hagas. La gente se imagina que yo crucé la línea. Se preguntan: «¿Podría llegar a estar tan cerca como él lo estuvo?»

Lo cierto es que no hay ninguna línea. Sólo está tu vida, la manera en que la destrozas y quién está allí para salvarte.

O quién no está.

AL VOLVER LA vista atrás, empecé a desmoronarme el día en el que murió mi madre, hará cosa de unos diez años. Yo no estaba allí cuando ocurrió y debería haber estado. De

modo que mentí. No fue una buena idea. Un funeral no es un buen lugar para los secretos. Me quedé de pie junto a su tumba intentando creer que no era culpa mía, entonces mi hija de catorce años me tomó de la mano y me susurró: «Lamento que no tuvieras oportunidad de despedirte, papá», y ya está, perdí el control. Caí de rodillas, llorando, y la hierba mojada me manchó los pantalones.

Después del funeral me emborraché hasta tal punto que me desmayé en el sofá. Y algo cambió. Tu vida puede torcerse en un solo día, y aquél pareció torcer la mía inexorablemente y en picado. Cuando era niño mi madre siempre estaba encima de mí con sus consejos, críticas y toda esa asfixiante actitud maternal. En ocasiones deseaba que me dejara en paz.

Acabó haciéndolo. Murió. No hubo más visitas ni más llamadas telefónicas. Sin darme cuenta empecé a ir a la deriva, como si me hubieran arrancado de las raíces, como si bajara flotando por el ramal de un río. Las madres sustentan ciertas ilusiones sobre sus hijos, y una de mis ilusiones era que me gustaba ser quien era, porque a ella le gustaba. Cuando murió, esa idea desapareció con ella.

Lo cierto es que no me gustaba en absoluto quien era. Yo me seguía viendo como un joven y prometedor atleta. Sin embargo, ya no era joven y ya no era un atleta. Era un vendedor de mediana edad. Mi época de promesa había pasado hacía mucho tiempo.

Un año después de la muerte de mi madre cometí la mayor estupidez de mi vida, económicamente hablando. Dejé que una vendedora me convenciera para contratar un plan de inversión. Era una mujer joven y atractiva, una de esas mujeres dinámicas y seguras de sí mismas, de las que llevan dos botones desabrochados y que provocan cierta amargura en los hombres mayores que ellas, a menos,

claro está, que entablen conversación. Entonces los hombres se vuelven idiotas. Nos reunimos en tres ocasiones para discutir la propuesta: dos en su despacho y una en un restaurante griego; no fue nada indecoroso, pero, cuando su perfume empezó a disiparse en mi cabeza, yo había depositado casi todos mis ahorros en un fondo de inversiones que ahora no tiene ningún valor. A la mujer la «trasladaron» enseguida a la costa oeste. Tuve que explicarle a mi esposa, Catherine, adónde había ido a parar el dinero.

Empecé a beber más después de aquello —en mi época, los jugadores de béisbol siempre bebían—, y se convirtió en un problema que, con el tiempo, hizo que me despidieran de dos empleos como vendedor. Y el hecho de que me despidieran me hizo seguir bebiendo. Dormía mal. Comía mal. Tenía la sensación de que envejecía por momentos. Cuando encontraba trabajo me escondía enjuagues bucales y gotas para los ojos en los bolsillos y corría al baño antes de reunirme con los clientes. El dinero se convirtió en un problema por el que Catherine y yo nos peleábamos constantemente y, con el tiempo, nuestro matrimonio se vino abajo. Ella se cansó de mi amargura y no puedo decir que la culpe por ello. Cuando eres malo contigo mismo te vuelves malo con todos los demás, incluso con aquellos a los que amas. Una noche me encontró sin conocimiento en el suelo del sótano con un corte en el labio y un guante de béisbol sujeto contra el pecho.

Poco después dejé a mi familia... o ella me dejó a mí.

No puedo expresar lo mucho que me avergüenzo de ello.

Me mudé a un piso. Me convertí en una persona distante y con malas pulgas. Evitaba a todo aquel que no bebiera conmigo. De haber estado con vida, mi madre

hubiera encontrado la manera de acercarse a mí, pues eso siempre se le había dado bien, agarrarme del brazo y decirme: «Vamos, Charley, ¿qué te pasa?» Pero ella no estaba, y eso es lo que ocurre cuando tus padres mueren, que te sientes como si en lugar de emprender todas las luchas con apoyo, las emprendieras todas solo.

Y una noche, a principios de octubre, decidí quitarme la vida.

Quizá te sorprenda. Quizá supongas que los hombres como yo, los hombres que juegan en un campeonato mundial, nunca pueden hundirse tanto como para suicidarse, porque, al menos, siempre tienen eso del «sueño convertido en realidad». Pero te equivocarías. Lo único que pasa cuando tu sueño se convierte en realidad es que poco a poco te vas dando cuenta de que no es como tú habías pensado.

Y eso no va a salvarte.

POR EXTRAÑO QUE parezca, lo que acabó conmigo, lo que hizo que me despeñara, fue la boda de mi hija. Ella tenía entonces veintidós años, una cabellera castaña larga y lisa, como la de su madre, y sus mismos labios carnosos. Se casó con un «tipo maravilloso» en una ceremonia que se celebró por la tarde.

Y eso es todo lo que sé, porque es lo único que ella escribió en una breve carta que llegó a mi domicilio pocas semanas después del acontecimiento.

Por lo visto, gracias a la bebida, a mi depresión y a mi mal comportamiento en general, me había convertido en una vergüenza demasiado grande como para correr el riesgo de invitarme a una reunión familiar. En lugar de eso, recibí aquella carta y dos fotografías, una de mi hija

y su nuevo esposo bajo un árbol cogidos de las manos; en la otra se veía a la feliz pareja brindando con champán.

Fue la segunda fotografía la que me destrozó. Era una de esas instantáneas naturales que capturan un momento irrepetible; los dos riendo en mitad de una frase, entrechocando las copas. Era una imagen tan inocente, tan joven y tan... pretérita. Parecía mofarse de mi ausencia. *Y tú no estabas*. Ni siquiera conocía a ese tipo. Mi ex mujer sí que lo conocía. Nuestros viejos amigos lo conocían. *Y tú no estabas*. Una vez más había estado ausente de un momento familiar de vital importancia. Aquella vez, mi pequeña no me tomaría de la mano para consolarme; ella pertenecía a otra persona. No me estaban invitando. Me lo estaban notificando.

Miré el sobre, que llevaba su nuevo apellido (Maria Lang, no Maria Benetto) en el remite, pero ninguna dirección (¿por qué? ¿temían que pudiera hacerles una visita?), y algo se hundió tanto en mi interior que ya no pude volver a encontrarlo. Cuando te excluyen de la vida de tu único hijo te sientes como si se hubiese cerrado una puerta de acero; la aporreas, pero ellos no te oyen. Y el hecho de que no te oigan te lleva a rendirte, y rendirte es el primer paso para matarte.

De modo que lo intenté.

No es tanto el hecho de que te preguntes qué sentido tiene todo, es más bien como decir: «¿Qué más da?»

*Cuando regresó dando tumbos,
con sus canciones incompletas y su trabajo a medias,
¿Quién sabe qué senderos pisaron sus pies magullados?
¿Qué montañas de paz o dolor coronó?*

*Espero que Dios sonriera y le tomara la mano,
Y dijera: «¡Pobre tonto apasionado!
El libro de la vida es difícil de entender:
¿Por qué no pudiste quedarte en la escuela?»*

**(Poema de Charles Hanson Towne,
hallado en un cuaderno entre
las pertenencias de Chick Benetto)**

Chick intenta terminar con todo

LA CARTA DE mi hija llegó un viernes, cosa que me vino muy bien, puesto que me permitió correrme una juerga el fin de semana de la cual no recuerdo gran cosa. El lunes por la mañana, a pesar de darme una larga ducha fría, llegué dos horas tarde al trabajo. Una vez en la oficina no aguanté allí ni cuarenta y cinco minutos. Tenía la cabeza a punto de estallar. Aquel lugar parecía una tumba. Entré sigilosamente en el cuarto de la fotocopidora, luego fui al baño y después me dirigí al ascensor sin abrigo ni maletín para que, si alguien seguía atentamente mis movimientos, éstos le parecieran normales y no un mutis premeditado.

Fue una estupidez. A nadie le importaba. Trabajaba en una gran empresa con montones de vendedores que podía sobrevivir perfectamente sin mí, como ahora ya sabemos, puesto que aquel paseo desde el ascensor al aparcamiento fue lo último que hice como empleado.

DESPUÉS LLAMÉ A mi ex esposa. La llamé desde un teléfono público. Estaba trabajando.

—¿Por qué? —dije cuando contestó al teléfono.

—¿Chick?

—¿Por qué? —repetí. Había tenido tres días para em-
papar mi ira en alcohol y eso era lo único que me salía.
Dos palabras—: ¿Por qué?

—Chick —su tono se suavizó.

—¿Por qué no me invitasteis siquiera?

—Fue idea suya. Pensaron que era...

—¿Qué? ¿Más seguro? ¿Pensaron que iba a hacer algo?

—No lo sé...

—¿Ahora resulta que soy un monstruo? ¿Es eso?

—¿Dónde estás?

—¿Soy un monstruo?

—Basta.

—Me marchó.

—Mira, Chick, ya no es una niña y si...

—¿No pudiste apoyarme?

Oí que soltaba aire.

—¿Adónde te marchas?

—¿No pudiste apoyarme?

—Lo siento. Es complicado. También está la familia de
él, y ellos...

—¿Sales con alguien?

—¡Oh, Chick!... Estoy en el trabajo, ¿vale?

En aquel momento me sentí más solo de lo que nunca
me había sentido, y aquella soledad pareció instalarse en
mis pulmones y aplastarlo todo menos mi más mínimo
aliento. No había nada más que decir; ni respecto a aquel
asunto ni sobre ninguna otra cosa.

—Está bien —susurré—. Lo siento.

—¿Adónde te marchas? —dijo ella.

Colgué.

ENTONCES ME EMBORRACHÉ por última vez. Primero en un lugar llamado Mr. Ted's Pub, donde el camarero era un chico flacucho y de cara redonda que probablemente no fuera mayor que el tipo con el que se había casado mi hija. Después regresé a mi apartamento y bebí un poco más. Tiré muebles al suelo. Escribí en las paredes. Creo que en realidad metí las fotos de la boda en el triturador de basura. En mitad de la noche decidí irme a casa, a Pepperville Beach, quiero decir, la ciudad en la que crecí. Estaba a dos horas en coche de distancia, pero hacía años que no iba por allí. Anduve por el apartamento, caminando en círculos como si me preparara para la marcha. No se necesitan muchas cosas para un viaje de despedida. Fui al dormitorio y saqué una pistola del cajón.

Bajé a trompicones al garaje, encontré mi coche, puse la pistola en la guantera, arrojé una chaqueta en el asiento trasero, o quizá fuera el asiento delantero, o tal vez la chaqueta ya estuviera allí, no lo sé, y salí a la calle haciendo chirriar los neumáticos. La ciudad se hallaba tranquila, las luces amarillas parpadeaban y yo iba a terminar con mi vida allí donde ésta había comenzado.

Regresaba con Dios dando tumbos. Así de sencillo.

Nos enorgullece anunciar el nacimiento de

Charles Alexander

4 kilos 900 gramos

21 de noviembre de 1949

Leonard y Pauline Benetto

(de los papeles de Chick Benetto)